

to de 1795, excluía á todo acusado criminal de la participación en las elecciones, y como por las leyes existentes los desterrados, lo son á perpetuidad, pues su lista equivale no solo á su acta de acusación, sino de condenación, por todo esto Merlin de Douai declaraba excluidos de las listas á todo ciudadano inscrito en las de los emigrados. Dumolard vió claro que por este medio el gobierno iba á alejar de las urnas á sus enemigos, porque nada más fácil que obtener de la policía las inscripciones convenientes en las listas de emigrados, que luégo por injustas que fueran, eran difíciles de borrar, así desde el día en que apareció el Decreto de 10 de Marzo, interpeló al gobierno en los Quinientos para probarle que lo dispuesto por su decreto era inconstitucional, viniéndose, por fin, á una transacción por la que se convino que los pretendidos emigrados que habían obtenido una radiación provisional, serían admitidos á votar.

Este nuevo fracaso inspiró al Directorio la extravagante idea de exigir á los electores el juramento de odio á la monarquía y á la anarquía que debían prestar todos los funcionarios públicos, nuevamente la derecha atacó por inconstitucional la medida, la izquierda se alborotó, y al fin se convino en que en vez del juramento se pediría á los electores una simple declaración de obediencia y adhesión á la república.

Todo, pues, le sabía mal al Directorio, y hasta se comprende que cuando un gobierno muestra temor al cuerpo electoral, éste paga las desconfianzas del gobierno con la más enérgica repulsa. No cabía, pues, esperar un resultado favorable, ni áun menos malo que el de las elecciones anteriores, y esto era lo que hacía decir á Dubois-Crancé, que lo dijo en

plena Asamblea, á Rebwel y Barras, que los patriotas se verían obligados á correr á las armas para salvar la república.

Las elecciones de primer grado fueron en extremo concurridas y desde luégo se significaron en contra del orden de cosas reinante. Los jacobinos en el Mediodía y los realistas en la Vendée, acudieron á la violencia para asegurar el triunfo de sus candidatos. La elecciones de segundo grado,—9 de Abril,—dieron un tercio de diputados más, casi en masa al partido moderado. Desde este día el Directorio no pudo ya pensar en tener mayoría en el Consejo de los Quinientos.

«Una parte de los nuevos diputados eran francamente realistas, dice Sybel, los de París y de Versalles, por ejemplo, lo mismo el general Pichegru, elegido en su país, y que por su energía y talentos llenaban de esperanzas á sus amigos y á sus adversarios de desconfianza y temor. Pero la gran masa de los representantes nuevamente elegidos pertenecía á la opinión dominante, los cuales, sin predilección por una forma de constitución particular ó por una persona determinada, no deseaban más que el reposo y la seguridad legal, temiendo por encima de todo toda violencia revolucionaria, y por consiguiente profesaban un igual horror por la revolución que por la contrarrevolución, eran, como decía Dubois-Crancé, hombres gastados por la tempestad revolucionaria, que el temor del terrorismo inclinaba á las ideas monárquicas.»

Estos hombres eran los que iban á dar al Directorio en reemplazo de Letourneur, que por suerte le tocó salir, al diplomático, Barthelemy, y á la presidencia del Consejo de los Quinientos al general Pichegru.



## CAPITULO VIII

### LEOBEN

Estado de los ánimos en Viena.—Thugut único partidario de la guerra á todo trance.—Irritación del bajo pueblo.—Lo que quería Thugut.—Los aliados de Austria.—Política prusiana.—Cree poder reconciliarse con el Czar.—Indignación de Pablo I al conocer los tratos entre prusianos y franceses.—Revélese todo á Austria.—Van as amenazas de Rusia á los prusianos.—Decídese Pablo I por la paz.—Intenta Prusia reconciliarse con Austria.—Inglaterra puesta de intermediaria.—Thugut no acepta la mediación ni de unos ni de otros: resuelve negociar la paz directamente con Francia.—Avance de Bonaparte sobre Leoben.—Combates gloriosos de Massena.—Ocupase á Leoben el 7 de Abril de 1797.—Llegan los enviados austriacos.—Quedan cortadas las comunicaciones entre el archiduque y los generales del Danubio.—Asegura Bonaparte su retirada.—Concede Bonaparte un armisticio de seis días.—Sus condiciones de paz.—Mack en Viena.—Veleidades de resistencia á todo trance.—Situación del Veneto.—Levantamiento de Bergamo y Brescia.—Kilmaine y Lahoz sofocan el movimiento.—Manda Bonaparte á Junot á Venecia.—Cómo Bonaparte procura cargar á otros lo que prepara contra Venecia.—El embajador francés Verninac.—La paz con Cerdeña.—Recibe Bonaparte noticia de que van á entrar en campaña los ejércitos franceses del Rhin.—Las negociaciones de Leoben.—Firmanse los preliminares de la paz: día 18 de Abril.—Ratificación de los mismos: 8 de Mayo.—Thugut comunica los preliminares de la paz á Rusia.—Niégase á comunicarlos á Inglaterra.—Hoche en campaña.—Denuncia el armisticio el 13 de Abril.—Reorganiza su ejército: Apoya á Moreau.—Batalla de Merveldt.—Avanza hasta Francfort.—Notifícasele la paz de Leoben.—Desaix pasa el Rhin.—Avance de Moreau.—Detiene la marcha del ejército.—Carnot decide al Directorio á que rectifique los preliminares de Leoben.—Retírase el ejército francés de Austria.—Concéntrase en el Veneto.—Cómo recibió el Senado francés al ayudante Junot.—Las pascuas veronesas.—Cómo trataron los franceses á Verona.—Fusilan al conde Emilio.—Saqueo de la ciudad.—Langier quiere entrar el 25 de Abril en Venecia con su cutter de guerra.—Ancla y saluda la plaza.—Intímasele que salga inmediatamente.—Se rompe el fuego.—Muerte de Langier.—Retírase el buque.—Cae en poder de los dálmatas.—Baraguay de Hilliers llega á Mestre.—Pánico de los venecianos.—Ordena Bonaparte que se retire el embajador de Francia de Venecia.—Amenaza Bonaparte con atacar la ciudad.—Cede á todo el dux Manin.—Retírase Bonaparte á Milán.—Recibe los embajadores del Senado veneciano.—Cómo les engaña.—Revolución democrática en Venecia.—El secretario de la embajada francesa Villetard la protege.—Los jefes del movimiento.—Se aleja á los batallones de esclavos.—Pide Morosini la entrada de los franceses.—El Dux propone la abolición del gobierno aristocrático.—Lo acuerda el Senado.—Avístanse sus representantes con Villetard para establecer el gobierno democrático.—Apuros de Villetard.—Comunica sus resoluciones.—El último día de Venecia: 12 de Mayo de 1797.—Insurrección del pueblo veneciano. Saquea las casas de los demócratas.—Entran los franceses en Venecia.—Paz impuesta á Venecia.—Sus condiciones.—Queda el Veneto sin gobierno central.—El municipio de Venecia quiere reemplazarlo.—Ratifica el tratado de Paz.—Thugut se espanta al saber lo ocurrido en Venecia.—Modifica los preliminares de Leoben.—Bonaparte acepta la modificación.—San Gallo decide á Thugut que acepte las proposiciones de Bonaparte.—Revela éste sus planes al Directorio.—Apodéranse los franceses del Archipiélago Jónico.—De qué manera.—Se apoderan del arsenal de Venecia.—Situación de Génova.—Manejos de Faypoult.—Prepara la revolución democrática.—Los jefes demócratas de Génova.—Estalla la revolución.—Su triunfo.—Cede el Senado.—Insurrección popular espontánea.—Restablece el gobierno aristocrático.—Muerte de Doria.—Bonaparte envía á su ayudante Lavalette al Senado con sus condiciones.—Sométese Génova.—Thugut se apodera á su vez de la Istria y de la Dalmacia.—Bonaparte lo consiente: por qué.—Sus grandes deseos de paz.—Thugut los conoce y quiere sacar partido.—Reserva de Bonaparte.—Cómo va interesándose por la política de Francia.—Inglaterra busca por su parte la paz.—Sublevación de la marina inglesa.—Sus antecedentes.—Inmenso peligro que corre Inglaterra.—Crisis bancaria de Inglaterra.—Cómo dominó uno y otro peligro el patriotismo británico.—Pitt reclama enérgicamente la paz.—Sus concesiones.—Malmesbury en Francia.—Bonaparte apresura la conclusión de la paz en vista del estado político de Francia.

**U**NA semana después de las elecciones que tan amenazadoras resultaban para la paz interior de Francia, se firmaban en Leoben los preliminares de la paz general.

Cuando la carta de Bonaparte llegó á Viena, en esta ciudad reinaba una consternación general. Todas las ilusiones se habían desvanecido, y la prudente estrategia del archiduque era tachada de inca-



pacidad, de cobardía y de vanidad, según la posición de cada uno. Reprochábasele el no haberse batido, el no haber encontrado una ocasión para derrotar siquiera una vez á uno de los divisionarios de Bonaparte. Este, por lo contrario, aparecía más grande y más temible que nunca, y su aparición delante de Viena era ya para todos sólo cuestión de tiempo, pues dado su considerable avance, se comprendía que, el menor movimiento que se hiciera en el Rhin para contenerle arrastraría tras sí á los ejércitos de la Sambre y de Alsacia. El gobierno se sentía vencido, y sólo Thugut permitía en sus propósitos de batallar á todo trance; así era grande la animadversión que se sentía en la corte y en el país contra el enérgico ministro que no desesperaba aún del resultado final de la lucha, y á quien se acusaba de todos los males que sufría la patria. Odiábasele además porque Thugut era un advenedizo, un hombre que no contaba diez generaciones de abuelos ilustres sino un presente honroso para el que había llegado á los más altos puestos á fuerza de talento, de trabajo y de perseverancia. Llamábanle por oposición á Godoy el barón de la guerra, y como esta era desgraciada, el bajo pueblo vienés azuzado por los grandes señores que lo mantenían, se disponían á jugarle una mala treta, y de este peligro la previno á tiempo Sauran, el jefe de la policía.

Thugut, sin embargo, no era un enemigo de la paz, lo que quería era una paz honrosa. El temor de Prusia que en sus últimos tiempos tuvo una base real, la equívoca actitud de Rusia en punto á enviar sus soldados y las exigencias de Inglaterra, fueron las causas que embrollaron á Thugut, quién, por otra parte, como ya sabemos, no estaba en disposición de hacer la guerra sin los socorros pactados y ofrecidos por sus aliados.

Rusia, como hemos dicho, acabó por no dar un soldado. Inglaterra mandó en 1796 sus 150.000 libras mensuales y ofrecía 200.000 para 1797, pero Thugut necesitaba 300.000 y además que las escuadras británicas volvieran al Mediterráneo y al Adriático y esto lo pedía ahora Thugut imperiosamente, como condición precisa para no celebrar inmediatamente la paz. Inglaterra no podía hacer nada. España paralizaba sus escuadras, y la crisis bancaria de Londres no le dejaba medio para sacar dinero para Austria.

Recuérdese además que Thugut estaba bajo el peso de dos hechos importantes. La proposición de Inglaterra de ceder á Prusia la Bélgica, y la negativa de Pablo I en enviar sus soldados contra los franceses, lo que le daba que pensar en una alianza

ó unión entre Prusia y Rusia. Este temor tenía su fundamento.

Prusia creyó que podría reconquistar el terreno que había perdido en Rusia en tiempo de Catalina, al conocer la resolución de Pablo I, por cuyo motivo se apresuró á manifestarle cuanto tenía pactado con los franceses, creyendo que dándole esta prueba de confianza sería correspondido en este terreno llegando á conocer en consecuencia las verdaderas intenciones de Rusia. Prusia se equivocó. El liberalismo de Pablo no llegaba hasta querer tener tratos con los franceses, y los despachos de Haugwitz dieron por resultado que el emperador se declarara abiertamente por los austriacos conociendo entonces éstos cuanto había pasado por habérselo contado el emperador á Cobenzl. Pablo, en efecto, estaba furioso contra Prusia y no veía lejos el momento de hacerle la guerra por su deslealtad, pero por de pronto se contentó con hacer reconocer las fronteras, y con dar aviso á Inglaterra del tratado que unía á Francia y Prusia.

Sin embargo, Cobenzl, no pudo con toda su habilidad decirle ni á guerrear contra Prusia ni contra Francia. Pablo, al contrario, aconsejaba la paz aunque fuera para ello necesario hacer algunos sacrificios.

Prusia había solicitado por medio de Inglaterra, desde el 3 de Marzo de 1797, reanudar amistosas relaciones con Austria, y en este punto Sybel hace mal en buscar paliativos para los futuros emperadores de Alemania. Si Prusia, el 3 de Marzo, hacía buena cara á Austria esto se debía á que aún no había decidido la suerte si el archiduque llegaría á París antes que Bonaparte á Viena. Recuérdese la conducta de Prusia en Nuremberg cuando los austriacos iban de retirada y cuando avanzaron, y se verá claro los móviles que le llevaban ahora al lado de Austria. Conocido su tratado secreto con Francia, tenía necesidad de hacérselo perdonar, ahora que no veía claro el triunfo de los republicanos, y el alegar ahora que en París había defendido la integridad del imperio alemán, y que se había negado á la proposición de Carnot de apoyar con un cuerpo de tropas su mediación entre Austria y Francia que aquél le pedía, lo que hacía era demostrar la doblez y poca lealtad de su política, que se revolvía contra Francia al ver á ésta amenazada por el archiduque. Al proponer, pues, Prusia, su mediación á Austria bajo la base de la integridad del imperio alemán, lo que hacía era ofender á Austria que no desconocía en lo poco que había estimado esta integridad cuando Jourdan estaba en Bamberg.

Sybel mismo confiesa que Prusia no estaba en modo alguno resuelta á unir sus armas á los austriacos para rechazar á Bonaparte ó marchar sobre París, en estas circunstancias es innegable que Prusia sólo trataba, como decía Thugut á Morton Eden, de constituirse en defensora de los Estados alemanes cuando tan de barato los había dado, y que en su consecuencia no quería él levantar el prestigio de Prusia en Alemania á costa de Austria. El embajador inglés atento más á los intereses de su patria que á esos perfiles del honor, en vano se esforzó en convencer á Thugut de que debía aceptar la mediación de Prusia, ésta fué rechazada. Pero en el mismo momento en que así resolvía su actitud el ministro austriaco, llegaba á sus manos la carta de Bonaparte. Thugut no vaciló un momento, y le dijo á su interlocutor que creía mejor deber entrar en gestiones directas con Francia que no por medio de Prusia sin la garantía de Rusia.

En su consecuencia dió orden á los generales, conde Merveldt y Bellegarde, para que se avistaran con Bonaparte para concluir una tregua y ver de enterarse cuáles serían las condiciones de paz del general francés.

Los delegados de Thugut no tuvieron que viajar mucho para encontrarse con Bonaparte, pues éste después de haber escrito «su filosófica epístola,» no se estuvo arma al brazo, sino que continuó avanzando, hasta poner sus avanzadas en Leoben. En este avance, Massena, tuvo que sostener varios reñidos combates, porque al fin y al cabo se trataba de cortar al archiduque sus relaciones con los que podían avanzar por el Danubio. Por esto se trató de impedir á Massena que ocupase á Leoben, en donde entró el 7 de Abril, esto es, el mismo día en que salían de Viena los negociadores austriacos.

Había, pues, para la paz, un nuevo motivo. Bonaparte habiéndose interpuesto por completo entre el archiduque y los refuerzos que éste esperaba del Rhin, resultaba que aunque con un pequeño ejército era superior á cada uno de sus adversarios, pues en un momento dado podía juntar todas sus fuerzas para aplastar el que más cerca se le pusiera.

Bonaparte, sin embargo, no había avanzado tan á la ligera que no tuviera asegurada su retirada en un caso desgraciado, pues habiendo colocado á Bernadotte de Laybach en donde estaba á Klagenfurth á donde envió dos regimientos de caballería de los que había enviado á Trieste, y dado orden á Joubert que estaba en Brixen para que estuviera pronto á marchar por el Pusterthal á la Carinthia, como

á Víctor se había ordenado que avanzara sobre Treviso, resultaba que estaba en disposición de defender el país ganado hasta Tarvis, en un momento dado mediante la concentración de todas sus fuerzas.

Seis días de armisticio concedió Bonaparte á los austriacos en cambio de la posesión de Gratz, Bruck y Rottenmann, y como condiciones de paz indicó la indiscutible cesión de la orilla izquierda del Rhin de cuya pérdida se podría dar compensación á Austria en Italia.

Aprovechó Thugut los seis días de armisticio de una manera admirable, gracias al inesperado concurso del general Mack, que declaró en alta voz lo mismo que Thugut, que la situación militar no estaba perdida. Nombróse á Mack para defender á Viena, y al archiduque se le mandó de nuevo al Rhin, y como Mack tomó con tanto ardor su cometido, más de 30.000 hombres tenía ya reunidos dos días antes de terminar el armisticio, no en verdad para salir á combatir en campo raso con los veteranos de Bonaparte, pero sí para detenerle detrás de las trincheras que defendían á Viena. Pero esto no quiere decir que Thugut renunciase á la paz, por lo contrario, se adelantó todo lo posible para ver si podía conseguirla.

Horas antes de espirar la tregua, 13 de Abril, Merveldt, se presentaba delante de Bonaparte que tenía su cuartel general en la quinta de Goetz cerca de Leoben.

El momento era favorable para una inteligencia, pues, el general francés acababa de recibir de Italia noticias que le ponían en frente de Venecia en la actitud deseada para sacrificar esa república para la paz de Francia.

Vino, pues, en conocimiento que los venecianos de las provincias de Bergamo y Brescia, y de los valles vecinos al ver como cundía la traición á la patria fomentada por los franceses, se levantaron en masa contra estos persiguiéndoles y atacándoles por todas partes á pesar de las órdenes del Senado veneciano de que se atacase á los rebeldes, pero se respetase á los franceses. Kilmaine, pues, había conseguido lo que se le había ordenado, esto es, poner en estado de guerra á los venecianos contra los franceses. Por lo demás, Kilmaine había apaciguado los tumultos ya el 9 de Abril mediante algunos sangrientos combates en los que la legión lombarda de Lahoz derramó su sangre por la servidumbre de su patria. Sin embargo, justo es decir que por aquel entonces la idea de la patria italiana no enardecía más que á una minoría insignificante. Como en